

el ejercicio de la profesión; loando al profesor modelo, no tanto como merece, que reparte á la vez auxilios científicos y pecuniarios, le colocan en pugna con el médico correcto del que sólo llegan á censurar los crecidos estipendios que obtiene y el obligar en casos al pago adelantado.

Si partiendo de ejemplares altruismos, que acusan perfección moral elevadísima, hubieran de condenarse actos normales constitutivos de función social, pues se requiere gradaciones en toda actividad, no librería apenas carrera alguna de parecidas críticas.

Todas ofrecen elevadísimos fines que cumplir; en todas hubo santos, y sin embargo, nadie arguye contra los que en vida no alcanzaron tanta perfección.

Estrechando la medida á que pretenden ajuste el médico sus actos, aparecen otros viceversas estupendos y de mayor alcance. Abandonada casi la Higiene del alma y la del cuerpo, por los que tienen obligación de proveer á la salud de la comunidad; publicaciones impuras, espectáculos inmorales, podredumbre y miseria de toda suerte, existen por do quier, ejerciendo sus letales influjos; como los miasmas orgánicos que se desprenden por todas partes, si que apenas cuide nadie de suprimirlos, exhálanse las ponzoñas morales en toda libertad y hasta con aplauso de algunos, que no dejan de acudir en su defensa con las armas de la burla y el ridículo, en cuanto á alguien se atreve tímidamente, siquiera á señalarlas.

¡Y cuando del médico se trata, hacen constar que ligerísimo descuido producirá grande daño! ¡por eso son tan exigentes!. por eso atienden hasta el influjo moral que puede causar en el paciente la vista de este ó el otro facultativo. Y en tanto llevan á este extremo el mimo y el cuidado por el enfermo, se dan sesiones de hipnotismo en los teatros, ofreciendo en espectáculo á infelices neuróticos, con todo el lujo repugnante y sugestivo de contracciones y automatismos, convertidos en bestias para que diviertan y satisfagan la curiosidad del público.

¡Tanto minucioso desvelo en pro del que sufre, si está en manos del médico, y tal apatía cuando cae entre las garras de inconsiderado explotador ó indocto curandero, no se conciben!

Amontonar textos de aquí y allí sacados, sin atender á tiempo y ocasión, si de médicos se trata, y no esgrimir la palabra y la pluma contra exhibiciones insanas é intrusos adocenados, antes acogerlos como mal inevitable, es un colmo de injusticia.

Y eso, precisamente cuando se ha de notar la rara coincidencia, de que en la mayor parte de veces, aparece una filípica recordando á los médicos deberes y obligaciones, en el punto de ocurrir algún fracaso á curandero ó médico averiado. Parece como si pretendieran decirle á las clases médicas: Andad con cuidado, no hay que extremar la enemiga contra quien lucha